

El Personal Técnico y de Gestión también queremos hacer un balance de lo que ha significado para nosotros este Año Jubilar de la Misericordia, porque aunque el domingo pasado se cerró en Roma la Puerta de la Misericordia, para nosotros, los cristianos, siempre hay una puerta abierta, la Puerta de Cristo. Entrar por esa puerta significa descubrir la profundidad de la Misericordia del Padre que acoge a todos y sale él personalmente al encuentro de cada uno de nosotros aunque nos encontremos, en algunos momentos, perdidos en nuestro camino.

Este año Jubilar de la Misericordia nos ha ayudado a retomar la oración diaria con el Señor, a contemplar su misericordia y a retomar las obras de misericordia espirituales: consolar al afligido, dar consejo a quien lo necesita, perdonar las ofensas y rezar por todos aquellos que nos rodean.

“Misericordiosos como el Padre”, sí, tenemos que intentar ser misericordiosos como el Padre, es la base de nuestra existencia. Debemos ser antorchas de misericordia, allá donde vayamos, debemos alumbrar el perdón de Jesucristo. Los demás deben sentirse iluminados allá donde nos acerquemos. La misericordia es transferible, se puede “copiar y pegar”, se puede enviar por “bluetooth”, por redes sociales, por nuestro ejemplo, en nuestras miradas y sobre todo por nuestra boca. Perdonar se perdona de mil maneras diferentes, sentirse perdonado es más difícil. Una misión importante es ayudar a entender que Dios nos perdona SIEMPRE y EN TODOS LOS CASOS. El perdón conlleva alegría y la alegría nos trae la paz.

Finaliza este Año Jubilar de la Misericordia y lo hace repleto de buenos recuerdos e imágenes que han contribuido a situarnos en la gracia de su celebración. Dos son los momentos que nos han calado. El primero de ellos, allá por el mes de febrero, el Santo Padre realizaba, con la celebración de una preciosa misa, el envío de los que denominó “Misioneros de la Misericordia”. Más de mil sacerdotes llevarían la misericordia y el perdón de Dios por todo el mundo.

Un segundo momento importante de este Año de la Misericordia fue la canonización de Santa Teresa de Calcuta. El Papa se refirió a ella como dispensadora de la misericordia divina, dando luz sobre las tinieblas de los que ni siquiera tienen lágrimas para llorar su pobreza y su sufrimiento.

Cerramos un tiempo precioso, el Año Jubilar de la Misericordia! Alentado desde sus inicios por tres dones: la gracia, la misericordia y la conversión.

¿Qué significa para nosotros la Gracia?

El empuje constante para poder ver, a través de las circunstancias vitales, la mirada y las entrañas de misericordia de ese Padre cuyo Amor no decae... Gracia que nos sigue recordando en cada momento que podré caer una vez más, pero que soy levantada cada vez que clamo al Padre que haga mis manos más puras...

¿Y la misericordia?

Puro don! Soy capaz de mirar con ojos compasivos porque soy mirada por mi Padre con ojos compasivos, tan sencillo y grande a la vez! Puedo dar porque he recibido antes. De esta manera, y también como hijos de la Iglesia nos sentimos empujados a mantener el corazón en carne viva antes las necesidades de los demás.

Y por supuesto la conversión... la misericordia ha de ir más allá de la compasión, por ello clamo por la conversión de los nuestros corazones, conversión de nuestras familias, en nuestra universidad, en nuestra Ciudad. Conversión que dé frutos de abundancia en la caridad sobre todos aquellos que nos rodean y que, por supuesto, nos necesitan.